

January 2002

Número 22: Epifanía - Tercer Domingo de Epifanía

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2002) "Número 22: Epifanía - Tercer Domingo de Epifanía," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2002 : No. 22 , Article 1.
Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2002/iss22/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 22 – Enero 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Buenos Aires, Argentina. Este material puede citarse mencionando su origen

06.01.2002 – Epifanía – Pablo Andiñach

Isaías 60:1-6; Salmo 72; Efesios 3:1-12; **Mateo 2:1-12.**

Análisis

El nacimiento de Jesús fue un hecho inadvertido por las personas de su tiempo. Tan solo unos pocos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Es evidente que la intención de Dios no fue provocar un evento espectacular sino por el contrario un hecho pequeño y simple –y muy cotidiano- como lo es un nuevo bebé en la tierra y un grupo de personas que se alegran por él. El texto menciona a unos viajeros de oriente entre los pocos que no estando cerca del lugar se dieron cuenta del nacimiento.

La mención de los sabios de oriente – debe evitarse hablar de “magos”, pues en realidad no lo eran – representan el recurso a una forma de saber alternativa a la ciencia de los poderosos de la época. Es bueno recordar que Herodes había llevado adelante una política de alineación con Roma y eso lo había conducido a aceptar una fuerte influencia cultural que se imponía sobre las tradiciones propias. Si la tecnología que utilizaba Herodes para sus grandiosas obras de construcción venía del mundo occidental, con ella también venían los sistemas de pensamientos, las religiones, los valores.

El texto resalta que fue en oriente donde un grupo de sabios supo interpretar los signos de los tiempos y se pusieron en marcha para adorarlo. En contraste, el representante de Roma no solo no se había dado cuenta de la llegada del salvador sino que cuando se entera simula interés en adorarlo con la intención de deshacerse de él para impedir que lo destrone. Es que los sabios le anunciaron que “el rey de los judíos” había nacido, y Herodes no podía dejar de preocuparse. Él era un usurpador del trono de Israel, y si un verdadero rey nacía la gente iría tras del legítimo monarca. Herodes no entendió cuál era la verdadera identidad de Jesús pero de todas maneras decidió que este niño debía morir.

Hay dos temas centrales en esta unidad. Uno es el reconocimiento del pequeño Jesús por parte de aquellos de quienes menos se lo espera. No son los poderosos los que se alegran por su llegada sino los humildes y –en este texto en particular- los sabios extranjeros. Que trajeran ofrendas no debe hacernos pensar que eran ricos. Más bien lo que está detrás de esos presentes es el mostrar la alta estima que tenían por el niño y el reconocimiento de su carácter de rey.

El segundo tema es el conflicto de proyectos entre Herodes y los sabios. Es interesante de ver que los sabios no conocen de la existencia del niño por su propia sabiduría. No es su ingenio el que les conduce ante el rey sino el disponerse a seguir las señales que Dios pone en su camino. Pero las siguen para adorarlo, no para evitar su reinado. En la otra vereda, el poderoso rey Herodes utiliza sus conocimientos – y el de sus sacerdotes y escribas- para buscar oponerse al plan de Dios.

Énfasis para la predicación

Entendemos que este pasaje debería ser utilizado en la predicación para enfatizar tres aspectos:

1. Dios se muestra a los pequeños
2. Él nos dirige a un encuentro con su persona
3. Nuestra vida se enriquece con su presencia

1. *Dios se muestra a los pequeños y se esconde a los poderosos.* Esto quiere decir que se muestra como es a los pequeños. Y también se muestra a los poderosos pero aunque lo ven sucede que no lo entienden. Los valores que rigen la vida de los poderosos les impiden ver en el niño al salvador. Por el contrario lo ven como adversario, como aquel que cuestionará su poder, y como alguien que viene a poner en evidencia su ingratitud y su dureza de corazón. Lo que aleja a Herodes del niño de Belén no es la actitud de Dios sino su propio egoísmo que lo lleva a anteponer su ambición personal y la de su grupo social a los intereses de las mayorías de las que se sirve. Eso nos debe hacer pensar en nuestra propia aproximación al Cristo ¿Cómo nos preparamos para acercarnos a Jesús? Si no dejamos de lado nuestras mezquindades no seremos capaces de entender qué sucedió aquella noche ya lejana pero tan próxima a quienes se disponen a aceptar su mensaje.

2. *Dios conduce al encuentro con él.* En ocasiones creemos que somos nosotros los que nos acercamos a Dios. Eso puede ser una sensación: decimos que buscamos a Dios, que lo necesitamos, que estamos dispuesto a seguirle, etc. En realidad es él quien nos conduce hasta su Hijo y quien nos muestra el camino que conduce a su reino. Así como los sabios se dejaron guiar por la estrella –y luego por revelación no fueron de vuelta hacia Herodes- nuestra vida debe estar dispuesta a dejarse guiar por los signos que Dios pone en nuestra vida. Es algo muy arrogante creer que somos nosotros los que nos disponemos a servir a Dios, como si fuéramos tan buenos que deseamos hacer su voluntad casi como un favor al creador. Pero la perspectiva cambia cuando constatamos que es él quien nos viene a buscar donde estamos –recordemos la parábola de la oveja perdida- y nos conduce hasta su presencia. Así como lo hicieron los sabios nosotros debemos dejarnos guiar por la perspectiva de Dios que nos conducirá hacia su Hijo.

3. *Quienes lo reconocen le ofrecen lo mejor que tienen.* Los sabios entregaron metales preciosos y sustancias aromáticas. Eran objetos valiosos propios de los reyes, pero el símbolo que está detrás de ellos es que entregaron sus mejores pertenencias. Uno podría engañarse creyendo que esto se refiere a donar las pertenencias materiales pero en el desarrollo del evangelio llegaremos a saber que esa entrega va a consistir en dar la vida misma. Pero la vida dada a Cristo no es una vida que se pierde como cuando damos una moneda sino por el contrario

es una vida ganada para servir al prójimo, para alabar a Dios y para construir un mundo más humano. Las ofrendas de los sabios de oriente anuncian que lo que ha de reclamar Jesús de sus discípulos: que lo máspreciado sea puesto a su servicio.

La predicación puede también aludir a Isaías 60:1-6 donde se anuncia que a la oscuridad que prevalecerá sobre la tierra Dios opondrá la luz de su presencia entre las naciones. Refiere a un tiempo de angustia y silencio por la situación social durante el período posterior al exilio babilónico. En esa época surgió el clamor por un Mesías que liberar a Israel de sus penurias. En ese sentido, el nacimiento de Jesús vino a poner por obra la esperanza centenaria de que el creador se manifestara a través de su Mesías. Y de que este Mesías traería salvación a la tierra.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 22 – Enero 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Buenos Aires, Argentina. Este material puede citarse mencionando su origen

13.01.2002 – Bautismo de Jesús – Pablo Andiñach

Salmo 29; Isaías 42:1-9; **Hechos 10:34-43**; Mateo 3:13-17.

Análisis

Luego de haber meditado sobre los hechos de la Navidad damos un salto en la historia y vamos hacia uno de los momentos en que los discípulos están dando testimonio de la vida de Cristo y anunciando el evangelio. Ya han quedado atrás la pascua y la ascensión. ¿No es un salto demasiado largo en la historia?

Puede que sea largo, pero nos viene bien que se nos recuerde en el clima navideño que aquellos hechos de Belén condujeron a crear un pueblo de creyentes que dieron testimonio de su fe y en muchos casos lo refrendaron con sus vidas. Son tres los elementos que se resaltan en estas palabras de Pedro: 1. Qué Cristo vino para todos; 2. Que vivió haciendo el bien y sanando; 3. Que lo mataron y Dios lo resucitó.

Líneas para la predicación

Entendemos que estos tres temas deben articularse para ser presentados en nuestra predicación mostrando las contradicciones que ellos ponen en evidencia. En general pensamos que el mensaje de Jesús es afín a lo que queremos y deseamos: la paz, la justicia, el amor, la amistad... ¿quién en su sano juicio se opondría a ellas? Sin embargo cuando hilamos fino en nuestro interior las cosas no son tan claras ni tan puras.

1. *Del sectarismo a la inclusión.* “Dios no hace acepción de personas” significa que aquel que todos creían no podía recibir la bendición de Dios e incorporarse a su pueblo lo estaba haciendo y con todo derecho. Lo que limitaba la expansión del evangelio no era el Espíritu Santo sino los prejuicios presentes en los creyentes mismos. Los primeros creyentes entendían que el mismo Espíritu Santo imponía leyes y preceptos que automáticamente dejaban fuera de su pueblo a muchos que no los cumplían. Entre estas leyes estaba la de pertenecer al pueblo de Israel. ¿Podía un extranjero recibir el Espíritu de Dios? Hoy puede parecer una pregunta superada y sin sentido, sin embargo tenemos nuestras propias “leyes” que deben cumplir aquellos que a nuestro parecer son pasibles de integrarse al pueblo de Dios o, más sencillamente, a nuestra iglesia.

Estas leyes pueden ser de raza, de clase social, de formación intelectual, del lugar donde habitamos, de tradición eclesial, de orientación política, de sexo, de nacionalidad, de cultura, y

tantas otras. En general es difícil que formulemos estas leyes a viva voz, casi nos avergonzaríamos de ello. Pero... ¿puede alguien que apenas sabe leer entender el evangelio? ¿Hay espacio para los inmigrantes en nuestra congregación? ¿Tienen las mujeres el mismo trato que los hombres en nuestra iglesia? ¿Los pobres son bien recibidos en la comunidad o simplemente levantamos ofrendas para ayudarlos? Podríamos multiplicar estas preguntas que en muchos casos revelarán que no estamos lejos de haber creado nuestras propias “reglas de aceptación” para ingresar al pueblo de Dios. Debemos reconocer que solemos reproducir en la iglesia los sectarismos de la sociedad. En este contexto debemos anunciar que Dios nos invita a ser inclusivos, a abrir las puertas a todos.

2. *Vivir haciendo el bien.* Es curioso que se describa a Jesús como alguien que vivió haciendo el bien y sanando. Lo curioso en realidad es que se nos diga luego que por eso lo mataron. En general consideramos que aquellos que no hacen más que el bien y ayudan a los demás terminan siendo considerados casi próceres, hombres y mujeres ejemplares. Pero no sucedió así con Jesús. ¿Por qué?

Digamos de entrada que quienes hacen el bien merecen esos elogios y el mundo sería muy distinto si más personas optaran por amar al prójimo y obrar en consecuencia. Pero lo que distingue a Jesús de nuestras bondades más o menos espontáneas es que él iba siempre a la raíz del mal que estaba atacando. Así curaba a un enfermo pero le anunciaba que su pecado era perdonado, y de ese modo ponía en evidencia la dureza de corazón de una sociedad que condenaba a los enfermos como pecadores. O curaba a varios enfermos y mostraba luego la ingratitud en sus vidas al comprobar que pocos volvían a reconocer la bendición que habían recibido. Iba a la casa de pecadores para llamarlos a la conversión pero ponía en evidencia la marginación a que los sometía el resto de la sociedad.

Sumemos entonces nuestra reflexión: primero decimos que el evangelio es para todos y que Dios pone en tela de juicio nuestros preconceptos y barreras. Ahora decimos que al amar y hacer el bien no solo debemos ayudar a otros sino quebrar las estructuras que condujeron al malestar de esa persona. Debemos escuchar al deprimido pero buscar la causa de su problema. Debemos colaborar con los pobres pero denunciar las estructuras que los empobrecen y mantienen en la pobreza. Es nuestra tarea acercarnos a los marginados por la sociedad pero a la vez trabajar para que los mecanismos que los marginan sean denunciados y superados. Y en todo esto no debemos dejar de buscar también en nosotros mismos para ver como algunos de esos mecanismos los reproducimos a veces inconscientemente.

Finalmente recordemos que Jesús “hacía el bien” pero amando. Porque darle una moneda al mendigo es hacer el bien, pero ese gesto puede distar mucho de amar a esa persona. El amor cristiano es el que busca modificar la situación del que sufre para que pueda acceder a una vida digna tal como Dios quiere para todos.

3. *Vida abundante.* El texto dice claramente que lo mataron y que Dios lo hizo resucitar. Pedro no se detiene a lamentar su muerte, como quizás haríamos nosotros por algún ser querido muerto injustamente, sino que anuncia la voluntad del Padre de devolverlo a la vida para dar testimonio de su voluntad. Es una forma de decir que no es la muerte la última palabra de Dios sino por el contrario muestra su vocación de abrir la puerta a la vida abundante. Hoy como ayer la vida está

amenazada por injusticias, desprecio, violencias... También hoy como ayer los cristianos somos llamados a testificar que el creador se ha puesto del lado de la vida sana, la vida profunda, que es más que estirar los días en la tierra y sobrevivir como se pueda, tal como millones hoy son condenados a “durar” mas que a vivir. Por eso los creyentes han sido llamados los custodios de la vida, y deberíamos asumir ese papel con suma seriedad si no queremos quedar declamando una fe alejada de la verdadera voluntad de Dios y de su Hijo.

El niño de Belén nació para dejarnos su mensaje de amor, de paz, pero con el respaldo de la cruz y la resurrección. La cruz fue el signo de su obediencia hasta el fin, la resurrección fue la respuesta de Dios a esa obediencia.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 22 – Enero 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Buenos Aires, Argentina. Este material puede citarse mencionando su origen****20.01.2002 – Segundo Domingo de Epifanía – Pablo Andiñach**Salmo 40:1-11; Isaías 49,1-7; 1 Corintios 1:1-9; **Juan 1:29-34.****Análisis**

Juan el Bautista es una bisagra en la historia de la revelación de Dios. Su ministerio es un puente entre el mensaje del Antiguo Testamento y la presencia del Cristo entre nosotros. De allí que diga que este “viene después de mí pero es anterior a mí”, frase a veces enigmática pero que alude justamente a esa condición del Hijo de Dios de ser anterior a todo. Y por esa razón es que Juan es un “preparador” del camino hacia Jesús. Su misión consiste en allanar nuestra senda hacia el salvador. De allí que su bautismo con agua y su predicación centrada en al arrepentimiento llamaban a predisponerse para recibir al Mesías. En cierto sentido la misión de Juan termina con la llegada de Jesús, ya que ahora es él mismo quien “allana” el camino hacia su persona.

El texto que hoy tenemos es riquísimo en símbolos y es imposible agotarlo en una meditación. Teniendo en cuenta que estamos saliendo de la Navidad vamos a enfatizar cuatro aspectos que servirán para estructurar nuestra propuesta de predicación.

1. Jesús venía hacia él (v. 29);
2. Juan no lo conocía (v. 31);
3. El signo del Espíritu Santo (v. 33);
4. Juan lo reconoce y da testimonio (v. 34).

1. *Jesús se acerca a nosotros.* Así como en la Navidad, el Jesús ahora adulto se acerca a nosotros representados en la figura de Juan. Llega de repente, sin previo aviso, sin publicidad. En determinado momento se hace presente e irrumpe en la historia y en la vida. En ocasiones es posible determinar el momento exacto basándose en una experiencia fuerte de conversión, en otros casos llega lentamente, como un amanecer que reemplaza la noche paulatinamente e instala la luz sin que se pueda precisar su comienzo y su fin. Pero siempre hay una llegada de Jesús a la vida. Nos equivocamos si creemos que podemos provocar esa llegada con nuestros esfuerzos. El siempre está viniendo y es nuestra tozudez la que impide que llegue a nuestra casa. Más bien se trata de tener los ojos dispuestos a ver y los oídos a oír aquello que Dios hace por nosotros. Se nos dice que Juan *vio* que venía hacia él...

2. *No lo conocía.* La experiencia de Juan no es distinta de la nuestra. Recibimos a un Jesús que se acerca a nosotros pero no solemos saber de quien se trata. Así encontramos tantos cristianos que se creen los más devotos y no se dan cuenta cuán lejos están de lo que Jesús pide de ellos. También en los testigos de la Navidad se daba esta situación. Ellos celebraban la llegada del salvador, y en eso no se equivocaban, pero el camino que Dios eligió para su Hijo estaba lejos de aquel que la mayoría imaginaba para el Mesías. Pocos o ninguno imaginaba que aquel niño nacía para morir abandonado en una cruz.

Jesús es y será un desconocido hasta que él mismo se revele en nosotros. A diferencia de las figuras públicas que se promocionan, se publicitan y se ofrecen para que las conozcamos y luego compremos sus productos, o los votemos en las elecciones políticas, el Hijo de Dios no utiliza ni necesita esos recursos. El no está interesado en darse a conocer para ganar popularidad ni en vendernos nada. Se entrega libremente y lo único que pide a cambio es la vida. Pero no que le entreguemos la vida en pago, a cambio de algo y así enajenarla de nosotros. Es exactamente al revés. Darle la vida a Cristo es retenerla en nosotros, es enriquecerla con su presencia, es expandirla hasta llegar al prójimo donde él se revela. No darla es dejarla pequeña y débil, sin fuerzas para amar ni para descubrir la imagen de Dios que toda criatura lleva en su cuerpo. Esa es la razón por la que podemos decir que no conocemos a Jesús hasta que él se haga presente en nuestra vida. Podemos tener imágenes propias de Jesús, en ocasiones acomodadas a nuestras apetencias personales: un santo, un defensor de las tradiciones, un rebelde, un curandero, un mago, un líder de masas, un juez... y tantas otras. Pero Jesús es él mismo y no un producto de nuestras proyecciones. Él está afuera nuestro y quiere entrar en nuestra vida.

3. *El signo del Espíritu Santo.* Juan no lo conocía pero la presencia del Espíritu señalaba su identidad. Se nos dice que bajó “como una paloma” – y de allí el símbolo de la paloma para el Espíritu Santo –, aludiendo al acto de descender, de venir del cielo, de irrumpir sin poder determinar de donde viene con precisión. Es Dios quien “marca” a su Hijo y lo presenta como su elegido para evitar que lo eligiéramos nosotros. De hecho había muchos que se hacían pasar por el Mesías y la gente en su desesperación los seguía porque respondían a *sus expectativas* de cómo debía ser el enviado de Dios. Eran elegidos por la gente y proclamados como salvadores personales y sociales. Hoy no estamos lejos de esa dinámica, a veces aplicada a personajes que suben y bajan en la escala de popularidad. Pero lo más preocupante es cuando se aplica a Jesús mismo. Esto ocurre cuando el Jesús declamado no coincide con el anunciado en los evangelios. Entonces el Cristo deviene en un objeto de uso: se vende, se venera, se le atribuyen dudosos milagros, se lo invoca como si estuviera a favor de nuestros proyectos...

Contra todo eso, el evangelio nos dice que Dios mismo señaló a su Hijo con claridad y marcó el camino que había de seguir.

4. *Lo reconoció y da testimonio de él.* Aunque parezca extraño, luego de todo esto Juan – y así nosotros mismos – terminó por darse cuenta que ese que se acercaba era el verdadero salvador. Uno podría preguntarse como sucedió esto y probablemente nos enredaríamos en una maraña de especulaciones. Lo cierto es que la certeza de que estaba ante el que había de venir era total y la reacción inmediata es comenzar a dar testimonio de esa presencia.

¿Se puede dar testimonio de algo que no conocemos? Pensamos que no y por eso es que hablamos de lo que primero hemos experimentado. Dar testimonio es la respuesta natural a reconocer a Jesús. Del mismo modo que contamos aquellas cosas que impactan en nuestra vida, aquellos acontecimientos que hacen mella en nuestros días, así somos llamados a compartir la buena noticia de que Dios habita entre nosotros y quiere ser parte de nuestra historia personal y social. Él tiene un mensaje para la vida de cada uno y un mensaje para la sociedad que conformamos.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 22 – Enero 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Buenos Aires, Argentina. Este material puede citarse mencionando su origen

27.01.2002 – Tercer Domingo de Epifanía – Pablo Andiñach

Salmo 27:1-6; Isaías 9,1-4; 1 Corintios 1,10-17; **Mateo 4,12-23.**

Análisis

El comienzo del ministerio de Jesús se caracteriza por su instalación en Capernaúm, su prédica sobre la inminencia del reino de los cielos, y su elección de los primeros cuatro discípulos. Esto sucede luego de que Jesús se enterara de que quien lo había bautizado en el Río Jordán estaba preso.

Si en los domingos anteriores habíamos todavía aludido a los ecos de la Navidad, este texto nos introduce de lleno en la historia del Jesús adulto. Estamos ya inmersos en lo que será la narración de sus hechos y palabras, y por lo tanto la perspectiva cambia: ya no analizamos una historia sobre Jesús (la de su nacimiento e infancia), sino sus propias palabras y acciones. Si bien los evangelios fueron escritos por otros – porque Jesús no nos dejó escritos propios – se posicionan como si estuviera hablando él mismo. Teniendo en cuenta esto sugerimos organizar nuestra predicación de acuerdo al siguiente esquema:

1. 1. Jesús busca un lugar
2. 2. Predicación de la cercanía del reino
3. 3. Llamado a compartir la misión

1. *Capernaúm como pueblo de Jesús.* Son varias las razones por las cuales Jesús se ubica en Capernaúm. El texto nos da una que es el cumplimiento de una profecía de Isaías 9 que señalaba esos territorios como el lugar de donde vendría el salvador. Esto es así pero no es el único motivo, ya que Jesús se mostró siempre bastante libre frente a las Escrituras. En ocasiones las cumplía y en otras las superaba. En este caso también hay cuestiones de estrategia. Jesús elige Galilea porque era una región lejana de la capital Jerusalén – y de Cesarea, capital romana de la provincia –, en consecuencia una zona menos vigilada y controlada. Si los primeros atisbos de predicación por Juan lo habían conducido a la cárcel, era necesario encontrar un lugar donde fuera posible diseminar el evangelio sin que lo acallaran de entrada.

Otra razón fue que el mar de Galilea era un lugar propicio para encontrar discípulos aptos para su tarea. Estos varones eran judíos pero alejados del templo de Jerusalén, lo que les daba una perspectiva más crítica del poder religioso y cierta independencia de los sacerdotes y escribas. Eligió en el comienzo pescadores, hombres que dedicaban su vida a trabajar pacíficamente, de

los que nada se nos dice sobre sus propias expectativas religiosas. Hoy diríamos personas comunes, del montón, para diferenciarlos de aquellos especialmente dotados de sensibilidad religiosa, santidad, piedad, instrucción. Parece que a Jesús le interesó más su disponibilidad a acompañarlo y poner su vida a su servicio que sus características personales.

Finalmente es necesario decir que Capernaúm era una población estratégicamente ubicada, con una importante sinagoga, y desde la cual se podía ir y venir con facilidad a toda Galilea e incluso a los territorios de la costa norte del Mediterráneo. Vemos entonces que se dan una serie de circunstancias (desde una antigua profecía hasta una cuestión de rutas de acceso al resto de la región) para que Jesús decida instalarse en ese lugar. Y uno podría preguntarse por qué no habría de ir allí. ¿Acaso hay algún lugar donde no sea necesario predicar el evangelio?

2. *La primera prédica de Jesús* se parece a la de Juan el Bautista. “El reino está cerca”, expresión que va a aplicar luego a sí mismo. El reino se acerca en la medida de que Jesús lo está porque él es el reino entre nosotros. Meditemos en esta afirmación. Por un lado Jesús se presenta inaugurando un tiempo nuevo para la humanidad. Ya no era necesario seguir esperando que Dios envíe a su mensajero. Es como decir que hasta ese momento se vivía mirando hacia atrás a la espera de que se cumpliera lo prometido, mientras que ahora se comenzaba a vivir hacia adelante en la expectativa de lo nuevo que acababa de irrumpir en la historia. Las mismas profecías se cumplían pero se superaban en nuevos mensajes que extendían la preocupación de Dios hacia esferas no tenidas en cuenta hasta entonces. Si el reino se acercaba significaba que se debía estar atento a la puerta que se abría más que a las que las veces complicadas leyes religiosas cerraban. El acceso al reino no estaba limitado por las leyes sino que se comenzaba a ofrecer a todo aquel que creía. Esto le iba a costar a Jesús la enemistad de quienes no comprendieron que estaban en una nueva época.

Pero esto también vale para nosotros. Tan acostumbrados estamos a la “cultura occidental y cristiana” que nos enredamos en detalles formales en vez de percibir la apertura del reino a todo aquel que esté dispuesto a creer. Por momentos creemos que es normal vivir rodeados de desamor e injusticias, de falta de desesperanza e incredulidad, cuando en realidad esas cosas no hacen más que mostrarnos que la tarea de anunciar el reino está casi en su totalidad aun por hacerse. Esta confusión nos ha llevado a creer que el quiebre de eras que inaugura Jesús es una mera cuestión de calendario (*antes y después* de Cristo), cuando en realidad es un cambio en la forma de encarar la vida de aquellos que descubren que el reino que se acerca los llama a proclamar nuevos parámetros para las relaciones con Dios y con el prójimo. Partir de este momento ya no nos relacionamos como adversarios sino como hermanos y hermanas en Cristo.

3. *¿Por qué Jesús busca discípulos?* La pregunta puede parecer extraña pero teniendo el poder de Dios ¿no podía Jesús arreglárselas solo con su tarea? Es importante tener presente que el plan de Dios para la humanidad incluye a cada hombre y mujer como sus actores principales. Esto debe maravillarnos ya que asistimos a la época donde todo parece descartable, que comenzó con los plásticos y hoy alcanza a las personas. “*No falta trabajo sino que sobra gente*” suelen decir en voz cada vez menos baja aunque todavía con algo de vergüenza los ideólogos de la economía planetaria. A ese modelo el evangelio opone su afirmación de que todos tienen un lugar en el reino que Dios inaugura y somos convocados a que deponiendo egoísmos y mezquindades nos pongamos a trabajar para anunciar esa buena noticia.

Jesús busca discípulos porque su plan valora el trabajo de cada uno y porque a su lado comenzamos a obrar de un modo que tiene sentido para Dios y para los demás. No hay persona por sencilla que sea que no tenga algo *importante* que hacer en el reino de Dios. Es más, eso es algo que ninguna otra persona puede hacer por él o ella. Así debemos ver nuestra propia participación en la tarea que nos toque hacer. Por eso invitar a la fe es también invitar descubrir que Dios nos ama y estima lo que somos y lo que hacemos.